

CARTA 1ª
FETÉN

Querida abuelita, me ha dicho mamá que te mande esta carta para decirte que me voy a ir este verano a tu casa. Ya sé que he estado otras veces, pero casi no me acuerdo porque yo era pequeña, pero ahora que ya casi soy un poco más mayor tengo muchas ganas de verte otra vez. ¿Te acuerdas tú de mí?

Abuelita, ya voy al colegio y me gusta mucho. ¿Te lo había contado? Son señoritas y monjas. Me gustan más las señoritas, son muy simpáticas. Las monjas...; bueno, alguna sí que es simpática, pero tenemos a Madame San Ramón, que es más..., no sé cómo decir qué es. No es muy alta pero si muy delgada y no es cariñosa. No se parece a madame Marie que siempre nos da besos y nos abraza cuando nos la encontramos por los pasillos.

Mis profesoras son dos. Mademoiselle Conchita que es muy alta y muy guapa y muy mayor y Mademoiselle Matilde. Ésta es muy simpática y cariñosa, menos mayor que Mademoiselle Conchita. La primera, cuando llega a la clase, deja su bolso en un mueble que hay pegado a la pared y que está lleno de libros. De vez en cuando nos pide a alguna de nosotras que se lo alcancemos. Me encanta cuando me llama a mí: *Mademoiselle Portela, pouvez-vous m'apporter mon sac, s'il vous plait?*

Yo me levanto con mucho gusto. Me acerco y cojo el bolso que tiene encima de la estantería. Es como una cartera muy larga y grande. Las tiene de muchos colores. Unas veces es negra, otras de un color como rojo pero no es rojo, otras blanco. Me gusta cogerlo y pasar la mano por encima. Es de una piel muy suave, y tiene un olor especial.

Mamá también tiene un bolso así, de color rojo que no es rojo. Y me gusta pasar igualmente la mano. Sólo que mamá no me deja casi tocarlo. Dice que dejo huellas. ¿Qué es eso, abuelita?

Abuelita, me parece que todavía voy a tardar mucho tiempo en ir a tu casa. ¿Por qué no le dices a mamá que me vaya yo antes? Me ha dicho mamá que me voy cuando me den las vacaciones, unos días después, pero no me ha dicho cuántos días.

Te quiero mucho, abuelita, un beso muy, muy grande de tu nieta,

Maruca

CAPITULO 1

Acercó una silla y se subió en ella con mucho cuidado. No quería caerse y atraer a toda la familia a la cocina. Sacó un puñado de lápices de colores del bolsillo de su vestido floreado y con gran concentración hizo un círculo alrededor del número seis del mes de julio en el calendario que había en la cocina.

Luego, pareciéndole a la niña que destacaba poco, se dedicó a adornarlo. Pintó alegres florecillas de colores alrededor del número, con un lápiz azul pintó pajaritos volando como le había enseñado la abuela y, encima del seis, pintó un radiante sol que alegraba la vista y hacía saber que ese día era especial.

Se bajó de la silla y miró su obra satisfecha. Sólo con mirar el calendario se acordaría de que día se iba de viaje. Se rió de sí misma; como si le hicieran falta recordatorios... Contaba los días que faltaban creyendo que serían muchos, pero mamá le había dicho que no, que no eran muchos y la había llevado a la cocina poniéndola delante del gran calendario.

- Presta atención, Maruca - le señaló un número en la primera hoja del calendario - este día es hoy. ¿Sabes qué número es?

La niña afirmó con la cabeza antes de responder.

- Es el veinticuatro.

- Eso es, día de San Juan.

Maruca no entendió lo que su madre quería decir. ¿Por qué Juan tenía un día? ¿Quién era ése sanjuan...?

Milagros, su madre, viendo su desconcierto, se lo explicó con pocas palabras.

- Vamos a ver si me entiendes. Hay un día en el año en que celebramos tu santo y el de la abuela.

La niña miró a su madre con gesto intrigado y luego preguntó.

- ¿La abuela se llama Maruca, como yo?

- No. La abuela se llama María y tú te llamas María, igual que ella - viendo su gesto, se apresuró a explicarle.- Te llamas igual que ella pero cuando eras pequeñita te empezamos a llamar Maruca.

- ¿Por qué? - quiso saber la niña curiosa.

- Para que no hubiera confusiones - le explicó su madre con paciencia.- La abuela es doña María y tú eres Maruca.

- La abuela me llama Maruquiña - apuntó la niña contenta.- Así que tengo tres nombres, ¿verdad, mamá?

- Tienes, Maruca, tienes.

- Y cuando yo sea mayor, ¿también a mí me llamaran doña Maruquiña?

Milagros sofocó la risa que oír a su hija le había producido.

- Te llamaran doña María, como a la abuela. ¿Quieres que te acabe de explicar lo que te estaba diciendo? Mira, hoy es este día - volvió a repetir, luego, cogiendo el lápiz que colgaba atado a un cordel que pendía del clavo que sujetaba el calendario, fue punteando los recuadros de éste - cuando lleguemos al final de esta página, pasamos la hoja y seguimos contando días - levantó la página del mes de junio y pasó a julio.- Seguimos aquí, en este otro mes y, cuando lleguemos a este día, nos iremos las dos a la estación, llevando nuestra maleta, y cogeremos el tren que nos llevará a casa de la abuela María.

Maruca, que con sus pocos años aún había cosas que no entendía, quiso dejar las cosas muy claras.

- Doña María, mamá, la abuela es doña María.

No comprendió la niña la risa de su madre, pero tampoco preguntó a qué se debía. Se limitó a oírla reír. Le gustaba mucho verla contenta y risueña, cosa que no era muy frecuente. Su mamá había veces que se quedaba ensimismada sin atender cuando ella le hablaba. Y eso le producía mucho susto, cuando parecía mirarla y no ver quién estaba allí. Luego, suspirando, se pasaba los dedos por los ojos, como si quisiera borrar imágenes no deseadas.

La tata Lola regañaba a mamá y eso a Maruca la escandalizaba pero también la hacía reír.

- Milagros - le decía la tata cuando la veía ensimismada.- Deja ya de pensar. No consigues más que alterarte. Las cosas cambiarán cualquier día de estos y todo se arreglará. Y entonces la que no tendrás arreglado serás tú que tendrás los ojos achicados y la cara llena de arrugas como yo. Milagros miraba con una sonrisa escéptica a la tata Lola y movía la cabeza con un gesto de asentimiento. Luego se inclinaba hacia su pequeña hija y le preguntaba cualquier cosa: si había merendado, por qué no estaba jugando o si quería irse con la tata al Retiro.

Entonces Maruca comprendía que su mamá había estado pensando en su papá y que eso la ponía muy, muy, pero que muy triste.

- ¿No se llama doña María? - le preguntó sin comprender la risa de su madre.

- Sí, Maruca, se llama doña María, pero nosotras no la llamamos así, doña María. Yo la llamo mamá y tú la llamas abuela María. Así está mejor.

- ¿Por qué? - preguntó de nuevo siempre curiosa.

Milagros puso los ojos en blanco y buscó la forma de explicarle a su hija la diferencia de trato que había entre ellas y los demás con respecto a su suegra.

- La abuelita es la mamá de tu papá, por eso yo la llamo mamá. Sonaría muy raro que yo la llamase doña María, como si fuese una desconocida. Y pasaría lo mismo contigo. La gente que no es su hija o su nieta, como muestra de respeto la llaman así: doña María. ¿Lo has entendido, Maruca?

Asintió la niña con la cabeza, ella hubiera querido preguntarle a mamá infinidad de cosas pero no se atrevía. No quería verla triste que es como se ponía si ella hablaba o preguntaba cosas de su papá.

Entró en ese momento la tata Lola en la cocina y miró suspicaz la silla que estaba debajo del calendario.

- ¿Qué has estado haciendo? - le preguntó a Maruca con el ceño fruncido.

La niña sonrió encantada de poder enseñarle a alguien su obra de arte.

- Mira, tata, mira lo que he hecho para que no se nos olvide qué día nos tenemos que ir de viaje - señaló ufana el día adornado y galiborleado.

La tata se ajustó las gafas en la nariz y se acercó al calendario estudiando con gran seriedad el dibujo, igual de atenta que si estuviera viendo un cuadro del museo. Después se quitó con parsimonia las gafas, se volvió hacia la niña que esperaba anhelante el dictamen y dijo:

- Lo has hecho muy bien y ha quedado muy bonito. Desde luego que así no se nos va a olvidar el día que te marchas - le gustó la sonrisa radiante de la niña ante su elogio.- Pero si te vuelves a subir en una silla tu mamá y yo nos enfadaremos mucho. Te puedes caer, ya lo sabes, y te puedes hacer daño. Entonces no habría viaje y no podrías ir a casa de tu abuela María.

Las últimas palabras le salieron con cierto rencor. No es que ella no quisiera a la señora, que la quería y mucho. No en vano había entrado a trabajar en su casa cuando casi era recién casada. Lo que no soportaba era que Maruca, la niña, se alejara de ella tanto tiempo cuando se marchaba a pasar el verano en casa de la abuela. Ella misma se regañaba por ello. Al fin y al cabo Maruca no iba a casa de desconocidos. Iba a casa de su abuela, doña María, pero no lo podía evitar.

Ella respetaba y quería a la señora. Siendo ella una jovencita poco juiciosa había entrado a su servicio, en aquel caserón inmenso donde aún vivía, para cuidar de su primer hijo, el señorito Tomás, tío de Maruca. Y luego había seguido allí hasta que nació la niña Isabel y, por último, cuidó del pequeño, el padre de Maruca. El pobre y desgraciado José.

Se le ensombreció el ánimo y la cara al pensar en él, por lo que le apartó de sus pensamientos. No quería que la niña se diera cuenta. ¡Pobre Maruquiña!, tan pequeña y sin padre.

- Tata, cuando yo me vaya mamá y tu vais a descansar mucho - exclamó la niña abrazándola con fuerza.

- ¿Qué tonterías dices? - rechazó la tata la sugerencia.

- ¿Acaso no es lo que tú dices siempre?- Imitó la voz profunda y seria de ésta al continuar hablando.- ***Cuando Maruca no está es un descanso ya que no para quieta....***

La tata se echó a reír al oírla y la abrazo a su vez.

- Sabes que no queremos perderte de vista, trasto. Pero tienes que ir a casa de tu abuela. A ella también le gusta tenerte a su lado. Cuando vas le alegras mucho la vida y la rejuveneces.

- Claro, porque la consuelo de que mi papá, que era su hijo, ya no esté vivo. Me lo ha dicho mamá y me lo ha dicho ella. También me lo has dicho tú y la tía Isabel y la tía Claudia. Todos, todos me lo habéis dicho - puso los ojos en blanco en un gesto cómico que hizo reír de nuevo a la tata, antes de continuar.- También me lo ha dicho mi ángel de la guarda - aflautó la voz dando una entonación plañidera.- Maruca, Maruquiña...; tienes que ir a casa de la abuela doña María y consolarla mucho...

Rió la tata y rió su mamá que desde la puerta de la cocina oía las payasadas de su hija.

- Anda, payasa, que eres una payasita. Vamos al baño que ya es la hora de acostarse y aún tienes que cenar.

Ya en la cama, cuando su mamá le fue a dar un beso, la niña se abrazó a ella y le preguntó.

- Mamá, tú estarás contenta aunque yo me vaya, ¿verdad? No vas a llorar.

- Claro que no voy a llorar, hija. Te vas a casa de la abuela.

- Pero tú muchos días te pones triste y lloras - insistió Maruca.- ¿Es que te acuerdas de papá?

Asintió Milagros sin mirarla, rehuendo los ojos de su hija. Se rebulló inquieta no queriendo hablar de ello.

Maruca le echó los brazos al cuello y la abrazó con más fuerza antes de preguntar.

- Papá murió en la guerra, ¿verdad?

- Sí, Maruca. Tu papá murió en la guerra.

- Y fue un mártir y un héroe, ¿verdad, mamá?

Se sobresaltó su madre al oír las palabras de la niña, pero aún así, se sintió obligada a reunir el valor suficiente para responder.

- Sí, Maruquiña. Tu papá fue un mártir y un héroe, digno de figurar en los libros de Historia.

La niña no detectó el tono irónico que había empleado su madre y sin dejar de abrazarla, siguió hablando.

- Si no trabajaras te podrías venir conmigo y quedarte mucho tiempo en casa de la abuela. Y cuando yo volviese del colegio estarías aquí conmigo.

- Pero yo tengo que trabajar, Maruca. Si no, no podríamos vivir, ni comer, ni tú podrías ir al colegio de monjas que vas. Seríamos muy, muy pobres, hija. Cuando tu papá murió no dejó ningún dinero para que viviéramos nosotras.

- No podría, mamá. Si le mataron enseguida no podría juntar dinero para nosotras. No te enfades con él. Además que los mártires nunca tienen dinero. Lo sé yo muy bien.

A Milagros se le escapó una sonrisa al oír la seguridad con que su hija dijo esto.

- ¿Sí? Y tú, ¿cómo lo sabes?

- Lo he leído en el libro de Historia Sagrada. Los mártires eran siempre muy pobres, por eso eran mártires. Mamá...

- Dime, hija.

- Nosotras somos muy pobres - sonó inquieta la pregunta de la niña. - Si somos pobres, ¿también seremos mártires?

Milagros ahogó la risa que le pugnaba por salir y procurando parecer muy seria, tranquilizó a la

niña.

- No, Maruca, no. No somos pobres, pero aún así yo tengo que trabajar. Y no te preocupes, nosotras no somos ni seremos mártires. Y ya está bien de charlas. Ya es hora de dormir.

La empujó hacia la cama y la tapó con la sábana. Después le dio un par de besos y le preguntó.

- ¿Has rezado?

- Ahora lo hago, mamá. Voy a pedirle al Niño Jesús que nos mande otro papá para que tú no llores más y no tengas que trabajar.

Milagros se sobresaltó de nuevo con las palabras de su hija. ¿A qué venía lo de querer un nuevo papá? ¿Para qué quería ella otro hombre en su vida? Pensó llena de rencor sin darse cuenta la carencia que tenía Maruca de una presencia masculina. Ya había tenido uno que le duró menos que el ramo de novia. Haciendo un esfuerzo se tragó las palabras de negación que su hija no entendería, la arropó a pesar de que en la habitación hacía calor y se irguió. Antes de salir del dormitorio le dijo.

- Al Niño Jesús no se le piden esas cosas. Pídele ser siempre una niña buena y con salud. Hasta mañana, Maruca.

Pero Maruca se había sumido ya en el sueño y no oyó las recomendaciones de su madre.

